

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

35 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (III)



LA SUSTANCIA DE LA REVOLUCIÓN SON LAS MASAS

Ni siquiera se requiere ser un buen lector de Marx para saber algunas cosas. Alcanza con leer el *Manifiesto comunista*. Ahí, Marx expone, de un modo tal vez algo directo pero con pasajes brillantes, la dialéctica histórica. Si le canta un Himno a la burguesía (*la clase más revolucionaria de la historia humana*) es porque de las revoluciones burguesas, que implican la destrucción de todos y cualquiera de los sistemas de producción anteriores a ella, habrá de surgir el proletariado, *la clase obrera*. La violencia se encarna en esta clase y es ella la que la realiza. La idea del foco era por completo ajena a Marx. En América latina es el Comandante Guevara el que la impulsa, *sin partir de ninguna experiencia empírica*. Tal como lo dije. Porque la Revolución Cubana no es la huevada esa de los doce heroicos guerrilleros que vencieron al ejército batistiano. Fidel contó con la adhesión fervorosa del campesinado cubano y sin él (y sin el deterioro del ejército de Batista, más la pasividad de los Estados Unidos que apoyaron o toleraron de buen grado la revolución de “los pintorescos barbudos”) no habría existido la Revolución Cubana. Pero Fidel trabajó todo el tiempo, sin desmayar un instante, con el campesinado que se pondría masivamente de su parte. *Y se puso*. En Bolivia, al Che, los campesinos lo delataban. ¿Cuál era la diferencia? Fidel hacía la Revolución desde el corazón de la Cuba sometida. Fidel era cubano. Conocía a los cubanos. Hablaba y sólo escucharlo era escuchar a un cubano. En Bolivia, el Che tenía que aprender quechua. Inti Peredo reunía a unos indios azorados y les hablaba de un hecho incomprensible y mágico: la Revolución Cubana. Esto no lo pretendemos dejar liquidado aquí, pues estas cosas son delicadas, no sólo teóricamente sino por las sensibilidades que hieren. El Che es, hoy, el símbolo más puro que los hombres rebeldes tienen de la rebelión. No es cuestión de tirarlo abajo. Pero yo no trabajo ahora sobre símbolos. Yo llevaría una pancarta del Che en una movilización, como cualquiera que no sea un garca de esos que pululan en la Argentina de hoy, que, si nos descuidamos, llevan la pancarta con más entusiasmo que cualquiera de nosotros. Pero el Che, como creador de la teoría del foco, dio un paso equivocado en las luchas revolucionarias, que tuvo un saldo trágico y lo sigue teniendo. Para Marx, que sabía de teoría revolucionaria y de politología más que el Che, la violencia sólo es revolucionaria cuando se encarna en las masas. Como bien dice al final del *Manifiesto*: los comunistas no ocultan sus propósitos, voltearán al régimen burgués por la violencia, pero esa violencia tiene un sujeto de clase: el proletariado, las masas. Y si el “proletariado” suena a “proletariado británico”, reemplacemos el concepto por el de “masas”. ¿Cómo se hace la revolución con las masas? El trabajo es mayor que el que requiere la teoría del foco. Pero apuntamos esto: no hay revolución sin la participación activa de las masas. La tarea de las vanguardias es la de acompañar a las masas. En todo caso irlas ideologizando en el curso de la lucha. Pero no bien la vanguardia va más allá de las masas se aísla. Cae en la soberbia. Pierde sustancia. *La sustancia de la revolución son las masas*. De aquí que el peronismo se presentara tan tentador. *Con un empujoncito más hacemos de este pueblo un pueblo revolucionario y el líder no tendrá más que aceptarlo*. No se trabajaba sólo para obedecer a Perón y aceptar su conducción linealmente. No, señores, *No*. Se trabajaba para que el pueblo peronista diera hacia adelante el paso que aún lo alejaba de las consignas de lucha socialistas. Una vez producido esto, Perón no tendría más remedio que aceptarlo. *El que entiende esto entiende todo el complejo fenómeno de la izquierda peronista*. Las guerrillas formaban parte de esa tarea global jaqueando al régimen, pero no tenían la conducción de la lucha. Perón no se equivocaba en llamarlas *formaciones especiales*. (*Volveremos sobre esta conceptualización. Pero el concepto de “especiales” expresa que, para Perón, no eran lo natural de la lucha, no eran el medio por el cual el pueblo acostumbraba a enfrentar a las dictaduras*. Eran “especiales”. Los muchachos tenían que golpear, decía Perón, y no dejar de golpear, pero la lucha era la del pueblo todo. El gran error de la Juventud Peronista fue encandilarse con la guerrilla. Que ya dejaron, para ella, de ser “formaciones especiales” para pasar a ser vanguardia. Se incorporó también una sobrevaloración de la Muerte que sólo podía producir lo que produjo: cadáveres. “Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor”, se cantaba en el acto de Atlanta del ‘73 con un entusiasmo festivo, abiertamente festivo.)

MUSULMANES: ¡VIOLEN A CARLA BRUNI!

La conducción era, de acuerdo, la de Perón pero, sobre todo, la de los militantes de superficie que hacían trabajo ideológico y de formación de cuadros, pues de ahí saldrían las

masas que llevarían al peronismo al encuentro con la ideología de los tiempos que corrían: el socialismo. Cuando —en 1974— la historia se redujo al enfrentamiento entre aparatos armados todo esto fue destruido y la tarea terminó. El motivo por el cual habíamos entrado al peronismo fue liquidado por las balas de la clandestinidad montonera y de la barbarie de la Triple A. El motivo por el cual habíamos entrado al peronismo era (en gran medida) Perón. Con Perón muerto, con las masas en reflujo por la balacera de las orgas, había (ya) que retroceder. Toda la segunda mitad del año ‘74 y todo el año ‘75 es guerrilla sin pueblo. Los que estuvieron en eso se equivocaron. O no entendían a Marx o no entendían la esencia de la izquierda peronista. El momento del reflujo no fue el del ‘76. Ahí ya estaba todo perdido. Fue apenas muere Perón. *Ahí había que frenar*. Lejos de ello, la guerrilla pasa a la clandestinidad, deja al descubierto a todos sus cuadros de superficie y la Triple A se hace un festín. Marx había escrito: “*La fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas*” (*Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*). Si decimos esto ahora no es sólo para esclarecer puntos teóricos que llevaron al desastre en el pasado (porque, ¿se llegó al desastre o no?, ¿no es hora de preguntarse seriamente por qué sin importar a quién se cuestiona?) sino para hacer política hoy. Un grupo que va armado a una movilización se equivocó de práctica. Los delirantes que le reventaron la cabeza al miserable de Fernando Siro le hicieron un favor a la policía y victimizaron a una persona detestable como Siro, a quien nadie jamás habría compadecido. Además, la hora de la violencia, si llega, nunca llega para un grupo, nunca llega para cuatro o cinco. Una piña del señor D’Elía arruina una concentración de cuadros o aun de lumpenes dándoles pasto a las cámaras y a las fotos del periodismo canalla que está esperando *exactamente eso*: una piña de D’Elía para decir lo que necesita decir, *ahí está la barbarie peronista*. Un cuadro políticamente formado no hace eso. Una piña, en política, no la pega un solo tipo. O se entiende o no. Pero si no se entiende es grave, es peligroso, el fracaso está al alcance de la mano. Y cada vez es más difícil retornar de los fracasos.

Mi posición final sobre la violencia acaso sea un delirio utopista, un imposible poético, una huevada bíblica. Pero ahora no estoy hablando de eso. Hablo de la diferencia entre la violencia de masas y la teoría del foco insurreccional. Para ser claro: si mañana 150.000 musulmanes invaden París e incendian todo, destruyen la columna Vendôme (como hicieron los comuneros de 1871), tiran abajo la Torre Eiffel, lo apuñalan a Sarkozy, a todos los nazis de Le Pen y violan repetidas veces a Carla Bruni, bien: que se jodan los franceses. Se buscaron esa rebelión masiva. El racismo, el desdén, la soberbia, la exposición de la riqueza en las narices de los miserables posibilitaron todo eso. La exclusión, el no admitir como ciudadanos a personas que hace rato ameritan tal reconocimiento. *Todo eso hizo posible la violencia*. La violencia vino después. La *Resistencia peronista* fue violencia de masas. Había un pueblo proscrito, un partido mayoritario prohibido, un líder enviado al exilio y el cadáver de la mujer que había amado a ese pueblo y que ese pueblo amó permanecía vilmente escamoteado, los que metieron caños, los que hicieron sabotajes actuaron con todo eso como base. Cuando se dice *las bases* se dice eso. No es sólo una clase. Sino una situación histórica. La *base* de la Resistencia Peronista era lo que acabamos de describir. Ahora bien, para representar a esa base hay que surgir de ella o estar en contacto permanente con ella. *Hay que conocerla*. Yo no puedo ser un boludo de clase media que ni idea tengo de la clase obrera y poner un caño en su nombre. Para Marx y Engels el ejemplo de violencia de masas fue la Comuna. Quien no leyó los trabajos de Marx, Engels y Lenin sobre ese hecho histórico que lo haga ya antes de decir zoncercas sobre algunas cosas que se dicen en este trabajo.

LA LUCHA DE CLASES, ¡HOY!

Sigamos con Cooke. Abordamos un trabajo de 1967, *La revolución y el peronismo*. En él, Cooke aclara sus consignas más célebres: *El peronismo es el hecho maldito del país burgués y la contradicción peronismo/antiperonismo es la expresión de la lucha de clases en la Argentina*. No podemos posar de científicos de no-sé-qué y eludir el momento histórico en que se escriben estas páginas. Hoy es el día en que en la plaza Sarmiento se reunió toda la Argentina garca (me encanta esta palabra que usan incontinentemente los de la revista *Barcelona*) y en el Congreso el peronismo que se nuclea alrededor de la figura de Néstor Kirchner. La asistencia a los dos actos fue pareja. El país está dividido en dos. Por un lado, un movimiento destituyente (perfecta expresión acuñada por un grupo de intelectuales) encabezado por la Sociedad Rural, los periodistas progres, la izquierda jurásica y el PCR liderado por un personaje que pasará a la historia (no sé a qué historia: si a la universal, a la nacional o a la del lumpenaje agrocomunista, sospecho que a ésta) de nombre tanguero: Alfredo De Angeli, sobre el que ya están escribiendo libros. Por el

otro, el peronismo *alla* Kirchner, que no puedo analizar aquí. Notable es que muchos antiperonistas están del lado peronista. Es cierto: el otro extremo apesta a gorilismo, a derecha, a reacción, a golpismo. Pero es bueno ver a Cossa, Viñas, Rozitchner, Jitrik de un lado que no pudieron o no supieron elegir en 1955. Acaso era también imposible que lo hicieran. Era mucho más difícil, es cierto. La cosa es: aquí están. Y cerca de 300 intelectuales más, peronistas o no. Queda claro que no se trata del apoyo a un gobierno, ni al peronismo (que vaya uno a saber qué es hoy, está lleno de peronistas del lado garca, ¡Barrionuevo está!), sino de la defensa del orden institucional ante el ataque poderoso de las fuerzas más retrógradas del país.

Las cámaras de televisión se meten entre las “masas” del acto de la Sociedad Rural y aparece una fauna que nosotros (los tipos como nosotros, porteños de la Gandhi, del San Martín, de *Chiquilín* o *Lalo*, universitarios, intelectuales, tipos que no tenemos programas de radio, que no escribimos en los grandes diarios, que todavía polemizamos sobre el foco guerrillero o nos interesan los derechos humanos y el castigo a los genocidas) apenas si conocemos: todo el garquerío estaba ahí. Impresiona la nitidez en la diferenciación de clases. *Si esta no es la lucha de clases, la lucha de clases ¿dónde está?* Cuatro terratenientes que hablan en nombre de Anchorena, Pérez Compagnon, Gómez Alzaga, Blaquier, Pereyra Iraola, Wertheim, Bunge y Born, Bemberg, Bullrich y Ledesma por no seguir, son los líderes de un movimiento que busca erosionar a este gobierno de base peronista. Medio país está con ellos. Hasta algunos que solían jugarla de progres. Ocurre que son periodistas y el periodismo, en la Argentina como en todas partes, es un poder que se ha concentrado notablemente: el que trabaja en un diario trabaja en un grupo que abarca tanto que el tipo siente que si lo tachan no labura más. Ergo, obedece a los patronos. Hay situaciones risibles. Un día, el periodista agrede al Gobierno, sostiene con fervor sus ideas, desarrolla argumentos con pasión. Al día siguiente le dicen: “Che, nuestro Grupo arregló con el Gobierno”. Con la misma pasión el periodista empieza a hablar bien del Gobierno, a encontrarle aristas positivas, etc. Esta mercantilización de las personas, esta, en última instancia, humillación a que se las somete, se relaciona con que los pools periodísticos no tienen ideología, tienen intereses. Si los intereses cambian, cambia lo que se enuncia. Y es el periodista el que da la cara y el que tiene que hacer malabares para travestir su discurso. A veces hasta resulta divertido ver estos pasajes.

En suma, pareciera que la frase de Cooke *La antinomia peronismo/antiperonismo es la expresión de la lucha de clases en la Argentina* tiene vigencia hoy como la tuvo en épocas pasadas. Los teflón-boys y las teflón-girls poco tienen que ver con la gente de las villas o los obreros de los sindicatos, quienes, desde luego, todos, pero todos, han sido llevados al acto. Por un choripán o por cien pesos. En cambio, los teflón-citizens van por su propia voluntad, en sus propios coches y haciendo ejercicio de su lucidez, de su clara y valiente visión de las cosas. Como sea, estos acontecimientos están todavía en juego y no es nuestra tarea analizarlos aquí. Menos aún cuando están todavía por ocurrir. Pero lo que decimos, lo que analizamos, el estudio que hacemos es para entender este presente. La historia argentina sigue latiendo en el peronismo y en el odio al peronismo. Pocas veces como durante estos días. Peor si se trata de un gobierno que juzga a los genocidas del pasado a quienes pronto la derecha va a proponer canonizar. O al menos se encuentra a punto de exigir el juicio a los “subversivos” de ayer como asesinos de lesa humanidad. Error, señores: ya se los juzgó. Las Fuerzas Armadas, al servicio de los intereses que ustedes encarnan, los mataron a casi todos. ¿Quieren un juicio más terminante? Además, quién no lo sabe, no se trató de un juicio, sino de ejecuciones sumarísimas, antecedidas de torturas a cuyo nivel de racionalidad y eficacia ni los nacionalsocialistas alemanes se acercaron. En Alemania se torturó menos que en la Argentina. Los nazis no necesitan obtener información de los judíos, deseaban exterminarlos. Aquí, como en Argelia, se hizo lo que se llama “tarea de inteligencia”, que es la tortura al servicio de la información. En un reciente film un miembro de la CIA atormentado (personaje improbable si los hay) le dice a un superior que ha presenciado torturas en Irak. El superior responde: “Estados Unidos no tortura. Obtiene información”.

CONTRA LOS ADMIRADORES DE MITOS Y FETICHES

La célebre máxima de Cooke (“el peronismo es el hecho maldito del país burgués”) sólo encuentra su transparencia situándola entre los 18 años que van de 1955 a 1973. Durante ese interregno el país no puede encontrar ninguna forma de organización institucional porque, no bien ceda a cualquiera de ellas, el peronismo habrá de imponerse. El peronismo y Perón. No olvidemos que el odio de los militares gorilas estaba muy focalizado en la figura

de Perón. Y el temor de su regreso era el de una pueblada incontrolable. Pensaban: vuelve Perón y el país peronista se subleva. Tenemos que matar a miles (*después lo hicieron*) o entregarle el país. La opción para los militares era: carniceros o peronistas. No deseaban ninguna de las dos. Hay que comprender con claridad qué significa un desborde de masas para un militar: *lo inaceptable*. El miedo a Perón era el miedo a lo inaceptable. Si volvía, ¿quién contenía a las masas? Todavía no existía –seriamente– la guerrilla y ya imaginaban puebladas incontenibles. *Era el país burgués que se asustaba ante el regreso del líder del enemigo de clase*. Haya sido Perón lo que haya sido: burgués, pequeñoburgués, milico, fascista, lo que se quiera. Era *objetivamente*, inscrito en el orden de las cosas, de los hechos, inalienable al sentido que la historia durante esa etapa había adquirido en la Argentina, *Perón era el líder de las clases peligrosas*. Por eso, al final, se encontró en él al único que podía pararlas. La decisión fue tardía. Cuando vuelve el problema de Perón no es parar al pueblo peronista, acostumbrado a su conducción, sino a las fuerzas que la lucha por su retorno hizo necesario desencadenar. Ya era (y fue) más difícil.

Cooke define bien al peronismo en un trabajo de 1967 (*La revolución y el peronismo*): “El peronismo fue el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones político-sociales contemporáneas (...). Por eso es que hemos sido formidables en la rebeldía, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos –con gran indignación de los admiradores de mitos y fetiches– seguimos siendo, como Movimiento, un gigante invertebrado y miope” (Cooke, *ob. cit.*, p. 72. Se trata del trabajo *La revolución y el peronismo* incluido en *La lucha por la liberación nacional*).

Como vemos, también a Cooke (*nada menos que a Cooke*) le granjeaba la indignación de muchos atreverse a escribir con libertad y con la mayor audacia posible y necesaria sobre el peronismo. La indignación no sirve de nada. El que se indigna es porque no está seguro de lo que piensa. Siente que si le sacan dos o tres de sus creencias el mundo se le viene abajo. Pero uno siempre tiene que estar abierto a esto: ¿cuántas veces se nos vino el mundo abajo? ¿Cuántas veces descubrimos que eso nos ayudó a pen-



sar, a pensar de otro modo, desde otro ángulo, que le dio vida y novedad a lo que ya teníamos anquilosado, a lo que nos empobrecía? Es cierto, no se puede pensar y vivir seguro. Ni siquiera la fe en Dios es un anclaje seguro. Si alguien cree verdaderamente en Dios, esa fe debe estar jaqueada por la duda, alimentada por ella, fortalecida por ella. La llamada “fe del carbonero” es sólida pero es siempre la misma. Admiro la fe de los hombres simples, pero prefiero elegir la de los tipos que aceptan los quiebres, las rupturas. Si yo creo *ciegamente* en Dios me disuelvo, me desbarato en él. Es Dios quien se apodera de mí y yo me pierdo en su inmensidad. Pero si mi fe se cuestiona a sí misma, si se pregunta por la bondad divina, por la existencia del Mal, por la ausencia, por el silencio de Dios, por su palabra que quisiera más audible, por mis palabras que requeriría saber si son atendidas, por el pecado que late en mí, por la fascinación con que el Mal me posee a veces con más pasión que la fe en la bondad del Señor, entonces esa fe está abrumada, agobiada por la duda. La fe y la carencia de ella, la fe y su cuestionamiento doloroso, la fe que no es un refugio, que no es una certeza cálida, tranquilizadora acerca de todo lo creado, esa fe *es* la fe. ¿Qué quiero decir con esto? Que en esta historia nadie es incuestionable. No hay un Dios ni hay dioses. Todos tienen matices, facetas, caras. Esas caras pueden llegar a ser desagradables. Aquí, “los adoradores de mitos y fetiches”, como los llama Cooke, tiemblan. Como tiemblan los hombres simples cuando el Dios que atempera todas sus preguntas, todas sus angustias, se debilita. En esta historia hay hombres y mujeres. Como todos, llenos de contradicciones.

LOS PELIGROS DE LA DIALÉCTICA

Cooke veía en el peronismo (en 1967) un momento necesario en la dialéctica de la revolución. Escribe: “El peronismo será parte de cualquier revolución real: el ejército revolucionario está nucleado tras sus banderas, y el peronismo no desaparecerá por sustitución sino mediante superación dialéctica, es decir, no negándose sino integrándolo en una nueva síntesis” (Cooke, *Ibid.*, p. 73). Esta era la creencia de la época. Todo cuadro militante de la JP, con su Marx aceptablemente leído y, cómo no, con su Cooke bien incorporado creía lo siguiente: el peronismo había sido una profunda experiencia popular en la década de 1945/1955. La historia avanza y avanza dialécticamente. Es decir, superando sus momentos anteriores pero no negándolos sino integrándolos en una nueva síntesis, como bien dice Cooke, que ha dicho Hegel y ha dicho de nuevo Marx. Hay aquí una creencia en el avance de la historia. Y más aún: en el *sentido* de la historia. Hegel y Marx le entregan a la Historia. Ese *sentido* es un desenvolvimiento, un *avance* de formas nuevas que dejan detrás formas superadas, pero sin destruirlas. Lo esencial de lo dialéctico es que integra a lo superado en una nueva síntesis. De esa nueva síntesis lo superado es parte esencial. Entonces todo era claro: el peronismo del 45/55 se incluía en la dialéctica histórica como un momento esencial que era *superado* pero *incluido* por las nuevas formas que adquiriría la Historia en su desenvolvimiento dialéctico. Ese movimiento era inmanente y necesario. Si la Historia es dialéctica es porque viene de algún lado y se dirige a otro. El horizonte de la dialéctica, en los sesenta, era el socialismo. Nada más razonable que pensar que el peronismo, *necesariamente*, debía desaparecer para incluirse en una nueva totalización que lo contuviera en tanto negado. La nueva totalización era la síntesis que el pensamiento hegeliano establecía por medio de un concepto célebre en la historia del pensamiento. El *aufhebung* del maestro de Jena significa, a la vez, superar/conservando. El peronismo, de esta forma, era superado pero conservado por el socialismo, que era la nueva forma que adquiriría el avance histórico. Todos los supuestos de este pensamiento son claros y si los miramos –como no podemos evitar hacerlo

nosotros– desde el siglo XXI han sido negados sin piedad. A) La historia no es lineal; B) No sabemos si avanza; C) No sabemos, si es que avanza, hacia *dónde* avanza; D) Los hechos no tienen una relación interna de necesidad; E) El componente de azar en la Historia es tan poderoso como el principio de incertidumbre que Heisenberg encuentra en la materia; F) De ninguna forma histórica surge necesariamente otra; G) Hay, como genialmente demostró Sartre, totalizaciones parciales, destotalizaciones constantes y retotalizaciones, pero *no hay* una totalización final, conciliatoria, que contenga a los contrarios en una síntesis superior que provenga necesariamente de un proceso llamado “dialéctico”.

Pero en los sesenta se estaba muy lejos de pensar esto. Y acaso dentro de unos años se retorne a pensar en cierta necesidad de la historia, pues el concepto de azar y el de indeterminación no son fáciles de tolerar. Como sea, en los sesenta, para Cooke y los cuadros que empezaban a integrar la juventud peronista, el peronismo era el corazón de la dialéctica. Y su superación *necesaria* por el socialismo estaba inscrita en la *lógica de los hechos*. Porque los hechos tenían una lógica y esa lógica era *dialéctica*. Si en 1945/55, Perón había sido tan osado, tan desafiante, si había convocado con tanta pasión la voluntad movilizadora de las masas, ahora, luego, *sobre todo*, de la Revolución Cubana, el peronismo pasaría a su etapa dialéctica siguiente, el *socialismo*. Además, el socialismo era la fe de ese tiempo. Una de las frases fetiche era: “el mundo marcha al socialismo”. Se decía con la naturalidad con que se decía que América latina debía unirse, que el Tercer Mundo debía llevar adelante su proceso de liberación nacional, que el imperialismo caería porque ya estaba cayendo en Vietnam ante una guerrilla inasible, que, con el solo artilugio de mimetizarse con su entorno selvático, enloquecía a toda la maquinaria imperialista. Cuando Perón lanza el concepto de *socialismo nacional* lo hace para dar satisfacción a este espíritu que latía en sus bases juveniles. Nadie pareció advertir que, en un número de la revista *Las Bases*, José López Rega había dicho que el socialismo nacional era el nacional socialismo. O que Perón –hablando de su experiencia europea– había dicho que en Alemania e Italia habían existido “formas” de socialismo nacional. No importaba. O eran boludeces del “Viejo”. Distracciones. O eran payasadas de ese sirviente que tenía. Lo que se imponía (y con razón) era lo otro: el socialismo nacional era la meta porque el peronismo realizaría la síntesis entre el socialismo y lo nacional. Dejando atrás los pésimos recuerdos de los socialismos internacionalistas. ¿O no había sido socialista Américo Ghioldi? Había que agregarle algo al concepto de socialismo para que no se confundiese o para que se diferenciase del socialismo del que habían hablado todos esos viejos gorilas: los hermanos Ghioldi, Repetto y la vieja ésa, ¿cómo se llamaba?, ésa: la Victoria Ocampo de la izquierda, ah, sí: Alicia Moreau de Justo. Gran figura de la Libertadora. Además lo “nacional” de este socialismo entroncaba con el pasado argentino: con los caudillos, con el federalismo, con las montoneras del interior. Era el socialismo de la patria. Si se quiere: era el socialismo peronista.

“EL HECHO MALDITO DEL PAÍS BURGÜÉS”

Con gran brillantez continúa Cooke: “El régimen no puede institucionalizarse como democracia burguesa porque el peronismo obtendría el gobierno” (Cooke, *Ibid.*, pp. 73/74). Aquí está la postulación del peronismo como hecho maldito. El régimen no puede consolidar su democracia burguesa. Hacerlo sería llevar el peronismo al gobierno. Al impedir esa consolidación burguesa el peronismo funciona como “hecho maldito”. Los llamados por la militancia “18 años de lucha” son los fracasos del régimen por integrar al peronismo. “Sin Perón, nada” era una consigna de rigor conceptual e importancia movilizadora. Basta de peronismo sin Perón. Basta de neoperonis-

mo. Vador estaba liquidado. No había negociación con el régimen que no incluyera a Perón. Y Perón era inintegrable para el régimen. Tal vez los jóvenes que hoy lean esto tengan que hacer un esfuerzo de inmersión en una historicidad que no es la suya, pero sólo al costo de hacerlo comprenderán los motivos de lucha de una generación alrededor de una figura política poderosa. Todo el establishment giraba en torno de evitar el retorno de Perón al gobierno. Ese fue el *sentido* de la historia argentina durante 18 años. No era un sentido que tuviera resuelta su culminación, pues esa culminación dependía de la lucha del pueblo. A Perón lo traía el pueblo. Pero ninguna lucha se emprendería al margen de esta conquista: Perón debía volver a encontrarse con su pueblo. Si uno se concentra en el ardor y en la esperanza de *este* momento se entenderán mejor las desgracias posteriores, la dimensión de las tragedias por venir. La Argentina era una fiesta. *De todos los países de América latina éramos el único que aguardaba a un líder cuya sola proximidad con las masas, cuyo solo encuentro con ellos garantizaba una situación más que pre-revolucionaria.* ¿Era poco? Era, para la militancia revolucionaria, una dádiva de la historia que había que aprovechar. Además todos los militantes de las villas y de las fábricas y de los barrios lo decían: el pueblo lo espera a Perón y nos quiere a nosotros porque sabe que peleamos por traerlo. Se entraba en las casas. Se hablaba con las familias. Se hacía militancia barrial. *Todo militante tenía un barrio detrás.*

Cooke sabe que hace falta más. Que el peronismo tiene que ir más allá de sí mismo: “El peronismo (...) jaquea al régimen, agudiza su crisis, le impide institucionalizarse, pero no tiene fuerza para suplantarlo, *cosa que sólo le será posible por medios revolucionarios*” (Cooke, *Ibid.*, p. 74, cursivas mías). Esos “medios revolucionarios” son el socialismo. Nos acercamos a la dramática correspondencia Perón-Cooke, en la que Cooke le pide a Perón que dé los pasos necesarios para incluirse, él, como líder de masas, latinoamericano, en esos “medios revolucionarios”. Y Perón responde esgrimiendo razones que habrá que escuchar. Cooke quería hacer del peronismo un partido de extrema izquierda, y el viejo zorro Perón sabía que, poniéndose al frente de un partido de esas características, no regresaba nunca al país. O regresaba con diez o veinte militantes. Y lo derrotaba. Y, señores, lo más importante, lo que el Viejo Perón, que conocía mucho a “su” pueblo, posiblemente más que Cooke, sabía que ese pueblo, el que lo quería de vuelta, no lo quería como un líder socialista, algo que, en ese momento histórico, sólo podía hermanarlo con el barbudo cubano, *lo quería como Perón*, como el general del caballo pinto, como el general de los días felices, como el único que habría de pensar en los pobres, y darles otra vez un Estado generoso y sindicatos para ellos y acabaría con la violencia. Volverían los días felices. Perón volvería, para el pueblo peronista, como el líder de siempre, sin *aufhebung* hegeliano, ¿qué mierda era eso?, volvería como el general campechano, generoso, duro con los gorilas para defender a los pobres, haría casitas, hospitales, aumentaría los sueldos, y volvería a hablar desde los balcones de la Casa Rosada, acto que constituía tal vez el acto simbólico más anhelado por ese pueblo.

Nos acercamos a los choques irresolubles entre Perón y Cooke. ¿Qué pasaba con Cooke? ¿Tanto desconocía a Perón? ¿Tanto desconocía al pueblo peronista al que había representado desde joven en el parlamento peronista? Porque si hay alguien del que no puede decirse que fue un infiltrado es de Cooke. El querido Bebe, antes de volcarse al socialismo, había sido un peronista de Perón y de Evita. Tanto, que Perón le delega *todo su poder*. ¿Qué responderemos a esto? ¿Se equivocó ingenuamente un hombre de una inteligencia excepcional? No, no se equivocó. Hizo lo que tenía que hacer. Ya veremos cómo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

John William Cooke,
el peronismo que
Perón no quiso (IV)

IV Domingo 20 de julio de 2008